



LA MADRINA TALAVERA NEGRA III

Con toda mispeñitad y afecto, deseando que disfrutes de su
lectura.

En Madrid, octubre de 2024

José S

José Sánchez Calderón

LA MADRINA
TALAVERA NEGRA III



Primera edición: octubre 2024

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© José Sánchez Calderón

ISBN: 978-84-10400-70-2

ISBN digital: 978-84-10400-71-9

Depósito legal: M-23094-2024

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A la ciudad de Talavera de la Reina y su comarca, en particular,
a Belvís de la Jara, a sus vecinos, a sus tierras, a ese precioso cielo azul
que me permito equiparar al de la Toscana y que ya estaba allí cuando
me encarné en este mundo.*

*A todas las personas que me quieren y me han querido,
en la seguridad de que mi amor por ellos no habrá sido menor.*

*A mis amigos, a mi familia y, en especial a Concha, la compañera de
mi vida; a Paula, la maravillosa hija que tuvimos la fortuna de ayudar a
venir a este mundo; a mis nietos, Jaime y Gema, dos joyas preciosas para
las que espero siempre lo mejor; a Carlos, su padre, que se esfuerza por
hacer feliz a mi hija y criar a dos jovencitos en un entorno de amor.*

A la vida, ese don maravilloso que jamás debemos desperdiciar.

CAPÍTULO 0

Ha estado deambulando por las calles de Oltrarno y, sin rumbo fijo, cruza Ponte Vecchio, que está comenzando a echar el cierre a sus pequeños comercios de joyería. Se detiene un momento ante la puerta de una de estas tiendas. La mirada se encuentra, al fondo del local, con un ventanal diáfano que conecta sus ojos con el curso del río Arno, por donde transita con pereza una barca llena de turistas. Esos ventanales producen la ilusión de transparencia de las abigarradas hileras de comercios que saturan los costados del puente.

El programa instalado en su teléfono lleva todo el día avisándola de la proximidad de alguien a quien tiene identificado. Está cerca, pero nunca junto a ella. Una riada de paseantes circula por la vía Calimala.

Buscando despejarse de tanta gente, se desvía un poco a la derecha y callejea en dirección al Duomo. Llega a la calle del Corso y la sigue hasta topar con una plaza, Sant'Elisabetta, por donde no recuerda haber pasado antes. No hay demasiados turistas y ello la predispone a favor del sitio. Repara en un Hotel junto a una atractiva torre, quizá medieval, y, a sus pies, una coqueta terraza en el centro de la plaza. Avanzando unos pasos más, a la derecha, hay otro restaurante en la esquina, Da Lino. Dulce Soto dobla por el callejón que antecede al restaurante y se encuentra en una placita donde, casi escondida a la mirada del paseante, hay una pequeña terraza, que debe corresponder al Ristorante Da Lino. Es un flechazo a primera vista.

En esos momentos la terraza está vacía y elige entre las cinco mesas disponibles, ocupando la que se encuentra más al fondo, mirando hacia el extremo del vicolo, el callejón por el que accedió. El resto de la plaza está casi oculto por la mampara vegetal que aísla la terracita. No sale nadie a atenderla. Quizá ni han advertido su llegada. No tiene prisa. Espera a que le llegue compañía y prefiere recibirla en soledad.

Le agobia Florencia, tanto como la enamora. Es una ciudad en la que se podría soñar a cada paso si no se compartieran esos pasos con tantos turistas a la vez. Por eso, rincones tranquilos como el que la acoge en esos momentos son un lujo escaso y piensa saborearlo.

Podría instalarse en la Toscana. Tal vez no era disparatada aquella idea de comprar una bodega pequeña y hacer su propio vino. Florencia estaría a tiro, como el resto de las joyas de la Toscana, pero apartada de su día a día.

Suena la alerta en su dispositivo móvil. Dulce Soto echa un vistazo rápido y confirma que es ella, Monique Mertens, aproximándose al lugar donde se encuentra.

La detectó hace varias semanas en el aeropuerto de Grenoble y desde entonces ha estado siempre cerca. Es evidente que ha localizado su rastro y la está siguiendo.

Le llama la atención que no lo haya intentado todavía, pese a las numerosas ocasiones en que han estado próximas. Está siendo muy cauta y eso la convierte en mucho más temible.

La señal se ha detenido muy cerca. Está en Sant'Elisabetta. Dulce saca su Glock y la mantiene sobre el muslo, debajo de la mesa. La señal se aproxima con rapidez por su derecha, por lo que solo puede provenir del interior de Da Lino.

Está vigilando la puerta trasera del restaurante cuando dos hombres jóvenes irrumpen en la placita desde el vicolo, con las pistolas en la mano. Al mismo tiempo, adivina, más que ver, la figura de Mertens enmarcada en la puerta de Da Lino. Se arroja al suelo y dispara contra los dos tipos, alcanzándolos. Gira mientras

cae y cruza disparos con la belga, solo que la mujer ha apuntado al lugar donde un momento antes estaba Dulce, mientras que esta ha impactado en el pecho y en la frente de su enemiga.

Se pone en pie, con toda la rapidez posible y coge la documentación de la fallecida, dejando en su bolsillo un carné de identidad. Camina hacia la plaza de Sant'Elisabetta, no sin antes rematar en el suelo a los dos sicarios heridos. Por prudencia, los camareros del restaurante tardan varios segundos en salir a ver qué ha pasado y encuentran la puerta obstruida por el cadáver de una mujer morena, de poco más de treinta años, identificada como Dulce Soto, que permanece con medio cuerpo en el local y la parte superior en la terraza.

Los que se asoman por la puerta que da a la plaza solo ven a una mujer joven, con una mochila, alejarse con paso rápido y seguir por la calle del Corso en dirección a la piazza della Repubblica, perdiéndose entre el río de turistas.

Más de un año antes de estos sucesos...

CAPÍTULO I

Es una madrugada poco apacible, donde la luna apenas encuentra espacio para brillar entre tanta nube oscura. La vida nocturna de Talavera se ha tomado un respiro y no se detecta más presencia humana que la que hay en el corro formado por los funcionarios judiciales y policiales.

El cuerpo está caído en la parte trasera del Campo Municipal El Prado, cerca de la piscina. Una gran mancha de sangre, ya casi seca, da a entender que al hombre lo mataron allí mismo. El forense comenta a los agentes de la Policía Nacional que fue acuchillado en la zona abdominal, varias veces.

El subinspector Robles asiente en silencio. Conocía al muerto, el Dioni, un camello de poca monta que repartía droga por cuenta del Legía, un antiguo legionario que controla la red de menudeo entre los sectores más decaídos del lumpen talaverano.

Tiene toda la pinta de haber sido un ajuste. Ahora toca averiguar quién concedió suficiente importancia a aquel pobre diablo como para darle muerte y, por lo que parece, con especial ensañamiento.

El juez ordena el levantamiento del cadáver y Robles se dirige hacia el coche, pensando en la vida miserable que le había tocado a aquel muchacho antes de que le destriparan junto al campo de fútbol. Es la misma vida que le ha correspondido a un montón de jóvenes de Talavera, sin trabajo, sin formación, sin crédito social alguno, tal vez sin familia. Esa mierda ocupa todo el presente y el futuro de demasiados chicos de su ciudad. Escupe en el suelo y maldice por lo bajo.

El inspector jefe Castillo, comisario en funciones de la comisaría de Talavera de la Reina, está en su despacho con el inspector Mauri, recién incorporado desde Toledo y el subinspector Robles. Les ocupa la muerte del camello encontrado esa madrugada.

—Necesitamos averiguar lo antes posible si se ha tratado de un ajuste de cuentas individual o si hay por medio lucha de bandas. Inspector, usted dirigirá la investigación. Robles formará parte de su equipo. Déjese orientar por él. Conoce el submundo del pequeño trapicheo mejor que nadie en esta comisaría.

—¿Debo deducir de sus palabras que encontrar al autor material de la muerte no es la prioridad, sino esclarecer el contexto en que se ha producido?

—En absoluto, Mauri. Quiero al autor material y quiero saber si hay guerra entre bandas o un ajuste entre pequeños delincuentes. Pónganse con ello y tráiganme resultados cuanto antes.

Los dos hombres salen del despacho, haciéndole un gesto a Maruja, la secretaria del comisario en funciones, que no levanta la cabeza a su paso. Maruja sustituyó a Dori, la anterior secretaria, que fue amante de Castillo durante un tiempo y solicitó el traslado poco después de la boda de este.

—¿Tomamos un café en el San Isidro, Robles?

—Como usted quiera, inspector.

La churrería San Isidro es el bar más próximo a la comisaría. El local es bastante grande, por lo que casi nunca está abarrotado, a pesar de que puede haber tantos policías nacionales dentro como en las dependencias policiales.

Sentados a una mesa, los dos hombres degustan sus cafés.

—No sé cómo lo ve usted, Robles, pero a mí un camello menos no me parece un problema excesivo. Me da igual que se maten entre ellos de uno en uno o de tres en tres. Al final, menos basura ensuciando nuestras calles.

Al subinspector no le gusta la reflexión de Mauri. Para ser más precisos, le alarma que piense así.

—Son personas, inspector. Igual ese chico hasta tiene madre. No me parece que deban ser tratados como basura.

—Si tiene madre, que se hubiera esmerado un poco en la educación del chaval cuando estuvo a tiempo de ello. No se engañe, subinspector, ese tipo de gente ya no son ni personas.

—No voy a ponerme a discutir con usted ahora, pero estoy en total desacuerdo con lo que dice. Cuando le parezca bien, podemos empezar a hacer nuestro trabajo.

Mauri mira al subinspector con una mezcla de suficiencia e ironía. Mueve la cabeza como si le costara entender tanta candidez en un policía y se levanta de la mesa. Robles le imita de inmediato.

El inspector Mauri está bien entrado en la cuarentena. Es alto y corpulento, con algo de sobrepeso. Hay un cierto pavoneo en su caminar, como si sintiera que allá por donde pisa es alguien importante.

Conduce el subinspector. Se dirigen a La Zona, donde puede verse algún grupo de yonquis por la mañana. Robles se acerca a un corro de chavales. Charla con ellos un momento, les da un billete de veinte euros y vuelve al coche.

—A estas horas, trapichean cerca de la vía del tren. Vamos, a ver qué nos dicen.

El inspector Mauri sigue en silencio. Cerca de las vías, Robles coge un camino de tierra. Cincuenta metros más allá observan el menudeo entre los camellos y los clientes. Costaría distinguir a unos de otros si no fuera por la posición que adoptan al dar o recibir las bolsitas y el dinero. Detiene el vehículo y se acercan caminando al foco del pequeño tráfico. Como si algo invisible hubiera inducido la tetania entre ellos, se quedan paralizados, rígidos, observando a la pareja de inconfundibles policías. Desde su inmovilidad, todos parecen listos para emprender la carrera. Robles extiende la mano abierta, en un gesto amistoso.

—Tranquilos, chavales. Solo queremos hablar.

Los miran, expectantes, todavía en un estado de quietud que amenaza romperse en cualquier momento.

—Han rajado al Dioni junto al campo de fútbol. Era por ver si habíais oído algo.

—Lo que tú, que le han rajado.

Robles y Mauri se acercan un paso más al camello que ha contestado.

—¿Sabes si ha sido algo particular o hay movida por el territorio?

El aludido se encoge de hombros. A Mauri se le acaba la paciencia antes de haberla estrenado y se echa encima del joven, agarrándole de un brazo.

—Cuando se te pregunte, contesta, o quizá prefieres que sigamos hablando en comisaría.

Hay una desbandada de yonquis, como la que se produce en una plaza cuando las palomas andan picoteando migas de pan y alguien irrumpe corriendo entre ellas. Otros cuatro camellos no han salido corriendo y Robles distingue el brillo de alguna navaja asomando entre sus dedos.

—Cuidado, inspector, suéltele, hágame caso.

—¿Qué le suelte? Una buena hostia es lo que le voy a soltar.

Los cuatro compañeros del detenido se mueven hacia ellos, con lentitud. Las navajas ya se distinguen en sus manos, con poco esfuerzo por ocultarlas. Robles saca la pistola.

—No os pongáis nerviosos chicos, que mi compañero es nuevo en Talavera y aún no sabe cómo va esto. Inspector, le he dicho que le suelte. Hágalo o daré parte de usted por provocar un altercado.

Mauri mira a Robles, perplejo. A continuación, observa a los cuatro individuos que se acercan hacia él. El retenido está inmóvil, pero su actitud es también amenazante. Mauri parece tomar conciencia de la situación y suelta al hombre, sacando a la vez su arma.

—¿Qué vais a hacer, ahora? ¿Eh?

—Cállese, inspector y retroceda despacio hacia el coche.

El inspector mira a su subordinado con despecho, pero hace lo que le dice. Una vez dentro del coche, Robles arranca de inmediato, cuando las primeras piedras vuelan hacia ellos. Mauri da rienda suelta a su ira.

—Pero ¿qué se ha creído usted, subinspector? Hablarle así a un superior. No sé cómo me contengo y no le suelto un guantazo.

—Yo sí lo sé, porque, si lo hace, tendré que partirle la boca. Cállese un poquito, inspector, que ya ha hecho y dicho bastantes tonterías por hoy.

—Hablaré de su insubordinación y su falta de respeto con el inspector jefe.

—Hablabamos los dos, así que piense bien lo que dice

Ya ha anochecido y la humedad se hace desagradable, atravesándolo todo. Boni, encogido dentro de su cazadora de paño barato, baja por la calle Comuneros de Castilla. Al llegar a la altura de la Parroquia Beata Teresa de Calcuta, piensa en desviarse a la derecha, por Francisco Pizarro. Con suerte, pillaría todavía a algún colega en el Bar Sánchez y se tomarán un bocata juntos. Cuando ve a los dos tipos que caminan por la otra acera, en sentido opuesto al suyo, da media vuelta y echa a correr, pero están demasiado cerca. Abren fuego contra él y le alcanzan con varios disparos en la espalda. Sin apresurarse, llegan a la altura del cuerpo caído y uno de ellos le remata con un tiro en la cabeza.

—Era el Boni, uno de los que estaba junto a la vía.

—Que le den por el culo. Si hubiera colaborado, tal vez se hubiera ahorrado esto. Uno menos.

Robles dirige al inspector una mirada cargada de furia, a la vez que rayana con el desprecio.

—Es una guerra de bandas. Con pistolas por medio, ya está claro.

—Pues muy bien. Vamos a decírselo al inspector jefe. Al fin y al cabo, es lo que le interesaba saber, ¿no?

Robles estalla. Es un hombre de unos treinta y cinco años, menos grande que Mauri, pero de planta más atlética. Es tranquilo y servicial, por lo que se le aprecia en la comisaría, pero el inspector Mauri tiene la virtud de enervarle cada vez que abre la boca en relación con el caso que trata de investigar.

—Usted no ha entendido al inspector jefe, no entiende Talavera y no entiende nada. Ni siquiera entiende lo que significa ser policía. Tenemos que averiguar qué banda se está dedicando a liquidar a los pequeños camellos de Talavera. Hay que hablar con el Legía, pero usted solo va a ser un obstáculo, inspector.

—¿Qué está diciendo, Robles?

—Lo que oye. No le quiero a mi lado para investigar este caso. Es como ir con una bombona de gasolina goteando a analizar los restos de un incendio.

El inspector Mauri le mira, sin comprender tanta falta de respeto a un superior.

—Le sugiero que presente su dimisión de inmediato. Ser amiguito del inspector jefe no le va a servir. Presentaré la queja en Toledo, si es necesario.

—Haga lo que quiera, pero, por favor, hágalo lejos de mí y de esta investigación.

—El inspector Mauri se ha quejado de ti, Robles. Dice que le has desautorizado en público y que te has insubordinado. Pide que te sancione por ello, porque será la única manera de que podáis trabajar juntos.

—A ver, Marcelo, podría haber sido peor. Ese tipo es como un nazi. Para él todos los yonquis son basura y que se exterminen

entre ellos es un beneficio para la sociedad. Fuimos a sacarles información y casi liamos una batalla, ellos con las navajas fuera y nosotros con las pistolas. Le saqué de allí como pude, porque vi que la organizaba, pero bien.

El inspector jefe Castillo le hace un gesto con la mano, para que pare.

—Es tu superior.

—Vale, pues le dejo que joda la investigación y se enrede a tiros y a golpes con las víctimas. Déjame a mí la investigación, por favor. Prefiero trabajar solo.

—Si quieres dirigir las investigaciones, preséntate al examen para inspector y apruébalo. Mientras tanto, tendrás que joderte y aceptar que hay alguien por encima de ti. Tenme al corriente de todo lo que averigües y de lo que haga tu amigo el inspector.

Robles se queda en silencio durante unos segundos. Cuando vuelve a hablar, el tono es más bajo que antes.

—No puedo trabajar con él, jefe, no le soporto. Es superior a mis fuerzas. Sancióname, si es lo que tienes que hacer.

—No digas tonterías. Muévete por tu cuenta, a ver qué averigüas. Cuando tengas algo concreto, deberás informar a Mauri. Es tu superior.

—Pero ¿sigo con la investigación?

Marcelo Castillo no puede evitar que le asome media sonrisa.

—Pues claro. Si no lo haces tú, ¿quién va a hacerlo?

El subinspector Robles y el inspector jefe Castillo son amigos íntimos. Junto a la entonces subinspectora Dulce Soto, trabajaron codo con codo en la investigación que hace unos años desarticuló una red criminal que operaba en Talavera y que produjo varios asesinatos. Después de aquello, su relación personal se ha hecho cada vez más estrecha.

Robles vuelve al punto de ventas de las vías, solo. Los camellos se encuentran en estado de alerta. En cuanto le ven acercarse, sin dilación, sacan las navajas.

—Vengo solo y en son de paz. Necesito saber quién os está exterminando.

—Si no lo sabe la poli...

—La poli no lo sabe, pero tú, a lo mejor, sí. Decidme, coño. ¿Por qué os matan?

—¿Por qué va a ser? Para que no vendamos, para venderlo ellos. Todos los que trabajamos para el Legía estamos señalados. O nos retiramos, o nos liquidarán uno a uno.

—Pero, vosotros no os habéis retirado.

—No tenemos a donde ir. Nos agrupamos para protegernos.

—¿No os han propuesto trabajar para ellos?

—¿Esos? Solo nos querrían de esclavos. Si no eres armenio, no les vales.

—Voy a hacer lo posible por atraparlos. Cubrios lo mejor posible durante estos días.

—Vale, poli, suerte. Manda a tu amigo el del otro día a negociar con ellos, a ver si toca la china y se lo cargan.

CAPÍTULO II

A Dulce Soto le encanta caminar bajo la lluvia, sentir como las gotas le van mojando la cara y despejando la cabeza. Tal vez esta tarde no lo disfrute demasiado porque, más que llover, jarrea. No es posible percibir gotas sobre el rostro cuando masas de agua te golpean y el cabello empapado busca torrenteras para dar cauce a tanto caudal.

El chaquetón de paño, empapado por completo, pesa como una armadura y hace un rato que dejó de proteger algo. No estaba previsto este diluvio. El suelo de asfalto parece el principal beneficiado de tanta lluvia, que despega y arrastra el manto de grasilla que constituye la epidermis de las calles de Madrid.

La mujer se apresura hacia su casa con las manos en los bolsillos del chaquetón chorreante y la cabeza encogida entre los hombros, como si esa posición fuera a librarla de seguir empapándose. Un hombre camina tras ella y, al llegar a su altura, le habla en un tono educado.

—Buenas noches, inspectora. Hace un tiempo de perros para ir andando. Será un placer acompañarla con el coche hasta donde se dirija.

Dulce echa una ojeada rápida al hombre. Es joven, alto y parece ir bien vestido. Se protege con un paraguas que también le cubre a ella desde el momento en que se ha puesto a su lado. Con el rabillo del otro ojo advierte que un coche ha disminuido su marcha y parece haberse acompasado con ellos dos. Saca las manos de los bolsillos.

—No me interesa su oferta, aunque la agradezco. Prefiero morir.

—Creo que no me ha entendido, inspectora. No es una oferta. Por favor, suba al coche.

Hace ademán de girarse hacia el coche y lanza el codo contra la cara del hombre del paraguas. Debía haber estado esperando una maniobra similar, porque se echa un poco hacia atrás y la esquivo con facilidad. Dulce busca su pistola reglamentaria, pero también llega tarde. El otro la está encañonando antes de que sus dedos toquen siquiera la culata de la Glock.

—Ya me avisaron de que lo más probable sería que intentara resistirse. Entrégueme su arma, por favor, con mucho cuidado, y no haga más tonterías.

Le entrega la pistola, sin dejar de mirarle.

—Así, muy bien. Ahora, por favor, suba al coche.

En los asientos de atrás aguarda otro tipo, también joven, que se desplaza un poco hacia la puerta contraria para hacerle sitio. Su captor entra tras ella, dejándola en medio de los dos. Continúa apuntándola con el arma. El vehículo se pone en marcha y el hombre que va sentado junto al conductor se vuelve y la mira. Lleva sombrero, lo que la había impedido reconocer el cráneo reluciente del banquero Álvaro de la Cierva.

—Buenas noches, inspectora.

—¿Son estos los modales de la alta sociedad madrileña?

Se está formando un pequeño charco de agua en el vehículo, a la altura de los pies de la mujer.

—Depende, inspectora. Entre nosotros nos tratamos de otro modo, por lo general, pero a nuestros empleados nos gusta recordarles quién manda.

—No soy su empleada.

—Ya lo creo que sí. Lo que pasa es que todavía está, ¿cómo lo diría?, sin domar. Es como un potro salvaje. Si hasta ha intentado pegar a mi hombre. ¿Dónde se ha visto eso?

—Esto es un secuestro.

—Acuda usted a la policía.

El tipo celebra su gracia con una risita desagradable.

—Vamos al grano, que no quiero gastar más tiempo del necesario con usted. Ya he decidido qué tipo de relación vamos a mantener. Le encargaremos tareas y usted las cumplirá sin rechistar.

—Y ¿si no lo hago?

—Tendremos que hacerle daño o se lo haremos a sus allegados.

—No era esto lo que me propuso la última vez que hablamos.

—Es lo que le digo ahora y con eso basta. Tengo una tarea para usted.

—Estoy siendo secuestrada. No quiero hablar de otra cosa.

—Como desee. Mañana, a las tres de la tarde le invito a un café en el Salón des fleurs. Supongo que sabrá encontrarlo. Que pase una buena noche.

A una señal suya el conductor frena el vehículo. El hombre que mantiene encañonada a Dulce desciende y tira de su brazo, obligándola a salir. La deja en mitad de la acera, le devuelve la pistola y vuelve al coche, que arranca de inmediato.

Se queda inmóvil, en medio de la calle, perpleja todavía por lo que acaba de vivir. Está muy cerca de su casa y la lluvia no ha amainado. Comienza a andar, despacio, tratando de procesar el incidente, más ajena que hace unos minutos a la situación meteorológica. La rabia y la impotencia que la embargan dan paso a la tristeza y camina, dejando que la lluvia se lleve las lágrimas.

Dulce Soto no es una mujer cualquiera. Es inspectora de policía y está al frente de la Unidad de Investigación Tecnológica del Cuerpo Nacional de Policía. Recién cumplidos los treinta años, lleva una década como policía nacional. Trabajó durante cuatro años en Europol, en La Haya, de donde volvió con los mejores informes y recomendaciones.

Es graduada en Criminología y ha recibido dos condecoraciones por heridas en acto de servicio. Podríamos decir que es una estrella emergente en el panorama policial, admirada y respetada por sus subordinados, sus pares y sus superiores. Su trayectoria

apunta a que puede ser ascendida a comisaria antes de cumplir los cuarenta años.

Con un currículum tan brillante cuesta creer que se encuentre atrapada por una organización criminal que pretende utilizarla como un peón al servicio de sus intereses. No es un caso de corrupción, como sería fácil pensar y no hay una explicación sencilla a la que agarrarse. Es una larga historia.

Cuando copió toda aquella información en la casa del general Pérez Castroviejo no podía imaginarse que iba a tropezar con la existencia de una organización secreta, El Cónclave y con el nombre de la mayor parte de sus componentes. Conocedores de su descubrimiento, la opción más razonable para El Cónclave era eliminarla. Sin embargo, considerando la importancia de la información que obraba en su poder y las habilidades informáticas de la inspectora, capaz de difundir esa información por todos los rincones del mundo, le dieron a elegir entre ponerse a su servicio o morir.

El Cónclave es la organización secreta más importante en España y Dulce es consciente de que no existe una sola instancia de poder en el Estado que escape a su influencia. No se le ha pasado por la cabeza ir de frente contra ellos; sería suicida, sin más. Sin embargo, no está muerta porque temen las consecuencias y ello da un valor a su posición.

Ha llegado a creer que podría negociar las condiciones de su relación futura, pero el trato que acaba de recibir por parte de Álvaro de la Cierva, el líder de la organización clandestina, ha zarandeado sus expectativas. Le ha quedado claro que no negocian y no habrá más reglas que las que ellos establezcan.

La inspectora reflexiona sobre el equilibrio precario sobre el que se sostiene su posición. Sigue contando con una baza a su favor, aunque tendrá que medir muy bien en qué momento jugarla.

No puede enfrentarse a ellos, pero no va a ser alguien sumiso, ni mucho menos.

Convertirse, sin más, en una sicaria del Cónclave la degradará a toda velocidad. Si lo acepta, dejará de ser ella misma. No puede renunciar a sus criterios, sus valores, sus sueños, su albedrío. Sin ese equipaje, se convertirá en un receptáculo hueco y sin alma.

Tal vez es el momento de desaparecer. Tiene otra identidad que casi nadie conoce y recursos sobrados para rehacer su vida en otro lugar, con otro nombre. El problema sería abandonar a su familia, a sus amigos. Tendrá que pensar más en ello.

Mucha gente opina que el Salón des fleurs es un lugar bonito, espacioso, lleno de detalles decorativos con los que se organizan diversos rincones. Demasiado abarrotado de cosas para el gusto de Dulce. No le gusta esa estética y, además, la empalaga.

El banquero la aguarda sentado en una mesa y tiene delante de él un trozo de tarta de violetas y una taza de té. A Dulce le llega el inconfundible aroma de la bergamota y supone que es un Earl Grey, el excelente té negro de origen indio. Se sienta frente a De la Cierva y rechaza compartir la tarta. Pide un ristretto y se queda observando al hombre, que saborea el dulce con delectación.

—No sabe usted lo que se pierde. Está deliciosa.

—No soy muy aficionada a las tartas. Usted dirá para qué me ha hecho venir.

—Detecto cierta sequedad en su tono. No me guardará rencor todavía por lo de ayer. Me pareció un acto de cortesía; llovía mucho.

La inspectora le fulmina con la mirada.

—He decidido que si vuelve a tratarme como ayer publicaré los informes del CNI, manuscritos por el propio general, donde se detalla cómo tiene comprados a los directores y diversos editorialistas de los principales medios de comunicación del país y va-

rios ejemplos de cómo estos manipularon a la opinión pública por indicaciones suyas. Esto solo sería un aperitivo de lo que seguiría haciendo público sobre usted.

—¿Ha pensado que podría ordenar que le disparasen en la cabeza?

—Por supuesto que lo he pensado. En ese supuesto, toda la información estallaría, a escala planetaria. Los medios que tiene comprados no podrían frenar unas noticias que inundarían las redes sociales y la prensa internacional. El Cónclave saldría a la luz y sus actividades serían públicas, con todo detalle. Si me van a tratar como a una mierda, no tengo mucho que perder.

Álvaro de la Cierva termina su tarta, se limpia la boca y da un sorbo al té.

—Se equivoca si piensa que puede amenazarme.

—Ustedes también pueden perder mucho si dejamos de llevarnos bien. Imagínese lo que Pérez Castroviejo pudo haber recopilado durante tantos años al frente del CNI. Piénselo despacio, porque usted es una de las estrellas más rutilantes que aparece en esos papeles.

Nueva pausa, tras la que el número uno del Cónclave endurece la mirada.

—Está poniendo en peligro a su familia.

—Corre el riesgo de que su mujer y su hija reciban información detallada, grabaciones e imágenes de sus excursiones amorosas a prostíbulos de lujo.

De la Cierva da una palmada sobre la mesita que amenaza la estabilidad de todo lo que hay sobre ella.

—Ni se le ocurra hacer eso.

—Será mejor que dejemos a las familias tranquilas. ¿No es así? Por cierto, mis amigos también son intocables.

—¿Quiénes son sus amigos?

—Lo sabe de sobra y, ante la duda, aplique un criterio generoso.

El hombre emite una breve risotada, desahogando un poco la tensión que le han producido las palabras de Dulce.

—Pues sí, parece que sigue un poco resentida. Bueno, vamos a lo nuestro. Tengo una tarea para usted.

—Le escucho.

—Hay un personaje en la Policía Nacional que no se ha portado bien con nosotros. Olvidó gracias a quienes ocupa su puesto actual y decidió hacer caso omiso a algunas sugerencias que le hicimos. Quiero que destruya su reputación, que averigüe todos sus trapos sucios y los airee. Sus revelaciones tendrán buena acogida en los medios de comunicación, se lo garantizo.

—¿Puedo saber por qué le interesa el tipo?

El hombre niega con la cabeza.

—No lo necesita. Le basta con conocer su identidad. Es el comisario principal Roberto Núñez Amorós.

—¡El Director Adjunto Operativo de la Policía Nacional!

—Veo que conoce a su jefe. – Se levanta de la mesa y amaga un saludo hacia Dulce. – Por supuesto, está invitada al café.

La inspectora Dulce Soto sufrió el acoso del CNI, que formó un comando de cuatro hombres para ello. El objetivo era reclutarla para trabajar con ellos. Llegó a recibir una paliza en plena calle y un intento de secuestro. En el marco de ese enfrentamiento fueron abatidos a tiros los cuatro miembros del comando.

La Policía Judicial apoyó sin titubeos a la inspectora y se creó un conflicto de la máxima tensión, con acusaciones cruzadas entre el CNI y la Policía Judicial. A pesar de las presiones que no dejó de recibir, el comisario Núñez se mantuvo firme respaldando la actuación de la policía.

Ni en Internet, ni en el ordenador de su despacho encuentra elemento alguno con el que poder desacreditarlo. A través de su correo electrónico localiza la dirección IP de su ordenador personal, esperando encontrar un punto débil en su biografía.

Lo único relevante que descubre es una relación con una mujer casada, con la que cruza mensajes tórridos y directos.

El comisario principal Alfageme era el Director Adjunto Operativo (DAO) del Cuerpo Nacional de Policía cuando la comisaría de Talavera de la Reina se embarcó en la investigación de los crímenes cometidos en aquel entorno. Respaldó al inspector Castillo, consciente de que indagaba en la posible corrupción de personalidades muy importantes. Cuando sus averiguaciones les situaron frente a las puertas del CNI, Alfageme decidió dar carpetazo a la investigación, ascendiendo a ambos policías.

La subinspectora Dulce Soto tuvo un papel muy destacado en el caso, gracias a su labor como hacker y al desenmascaramiento, con el pseudónimo Dark Blue, de la red de corrupción que abarcaba a diversos altos cargos. Dark Blue siguió siendo anónimo y el nombre de la subinspectora pasó desapercibido durante el desenlace de la operación. Dulce Soto participó en aquel caso con acciones mucho más drásticas que los comunicados de Dark Blue, pero estas fueron secretas, también para sus amigos.

Las presiones del CNI forzaron el cese del comisario Alfageme como DAO de la Policía Nacional. Ya como responsable de la Policía Judicial, puso a Dulce Soto al frente de la Unidad de Investigación Tecnológica.

Dulce Soto accede al despacho del comisario principal, que la recibe con afecto.

—Qué placer, inspectora. No está muy visible en los últimos tiempos.

—He estado tratando de poner en orden mis ideas.

—¿Cuáles son esas ideas, si puede saberse?

Dulce lo medita por un instante y decide sincerarse con el comisario.

—Voy a dejar la policía nacional. Pediré una excedencia y necesito remodelar la UIT antes de irme. Quería pedirle su colaboración.

El comisario Alfageme no parece muy impresionado por las palabras de la inspectora.

—¿Me va a contar algo más?

—¿Sabe que me colé en el rincón secreto del director del CNI?

—Algún rumor me ha llegado.

Dulce se mira las manos.

—Me hice con mucha documentación, demasiada.

—Muy bien. Espero que me informe de sus descubrimientos.

La mujer trata de disculparse con una sonrisa y un ademán de las manos.

—Hay una camarilla organizada que controla todos los estamentos de poder del país. Se hacen llamar El Cónclave. Los documentos que encontré identifican a buena parte de sus miembros y sus ramificaciones en la política, la economía, las fuerzas de seguridad, el ejército, todo. No quedan al margen ni la Casa Real ni la Iglesia.

—¿Me los va a entregar?

—No puedo, comisario. Estaría en peligro por el mero hecho de haberlos tenido en sus manos.

Antonio Alfageme se encoge de hombros, sin terminar de dar por buena la disculpa.

—¿Qué va a hacer con esa documentación?

—Me he comprometido a no utilizarla, salvo que me suceda algo, o mi familia y mis amigos sufran algún daño. Es mi garantía.

—Espero que me haya incluido entre sus amigos. ¿Qué va a hacer, si se puede saber?

—Podría decirse que trabajo para El Cónclave.

—No creo que pueda serle de ayuda en ese cometido.

La inspectora Soto entrelaza sus dedos sobre la mesa y mira a los ojos de su interlocutor.

—La verdad es que sí. Estoy ante un dilema de difícil resolución.

—Usted dirá.

—Me han encargado destruir la reputación pública del comisario principal Roberto Núñez.

El comisario principal traga saliva y guarda silencio. Por fin, pronuncia tres palabras.

—Es mi amigo.

—Lo sé.

—Nos ha apoyado a ambos.

—Soy consciente.

—Es una excelente persona.

—No le conozco tanto, pero le creo. Consideran que les ha fallado.

Ha conseguido sorprender al comisario y este no lo disimula.

—Que ha fallado ¿a quién?

—A El Cónclave. Ellos le pusieron en su cargo.

El comisario Alfageme se queda cavilando. Le pilla por sorpresa que Roberto hubiera sido colocado allí por esa gentuza. Le sobran méritos para acceder al cargo.

—No lo entiendo.

—Así están las cosas. No me han dado detalles, pero parece ser que le ordenaron tomar medidas que él se negó a adoptar. Supongo que sería cuando nuestro follón con el CNI, pero no lo sé.

El gesto de preocupación del comisario Alfageme es muy marcado. Deja pasar tiempo antes de preguntar.

—¿Qué quieren hacer con él?

—Quemarle, hundir su imagen y obligarle a dimitir. Yo soy el instrumento designado para conseguirlo.

—¿Qué tienen de él?

Alfageme está sufriendo. Cada segundo que pasa es más consciente de que se trata de una operación repugnante contra un buen policía y un gran hombre.

—Ellos, no lo sé. Para mí, su historial es impecable. Solo he encontrado una relación extraconyugal. Aún la mantiene.

—Eso es una mierda y a nadie le importa.

—Estoy de acuerdo con usted. Habría que ver lo que supone para él.

Hay que tomar decisiones. Los dos lo saben.

—¿Qué piensa hacer, Soto?

—No lo sé. Estoy obligada a hacer algo, pero no quiero hacer daño a ese hombre.

—¿Le parece que les concierte una reunión y lo hablan cara a cara?

—Me parece genial.

El comisario está abatido. La única esperanza para su amigo es que su verdugo será Dulce Soto y está dispuesta a buscar soluciones con él. Quisiera hacer más para ayudarle, pero no se le ocurre qué.

—Lo arreglaré. ¿Vamos a quedar para estas cosas, inspectora?

—Espero que no. Ahora entenderá por qué voy a dejar la policía.

—Tendré que hacer lo mismo. Llevo tiempo pensando en anticipar mi jubilación. Estoy harto de conspiraciones y de porquerías.

—Para los policías de bien su presencia es muy importante.

—¿Por qué tiene interés en que aguante?

Dulce le sonrío.

—Tiene que ayudarme a remodelar la Unidad de Investigación Tecnológica.

—¿Qué quiere hacer con la UIT?

—Quiero cambiarla entera, sacar de allí a los espías del CNI y ponerla en manos del subinspector Medina. Hay que obligarle a presentarse al examen de inspector y darle el mando. Por otro lado, quiero aumentar la plantilla. Tengo que formar a los nuevos y reforzar a los que van a seguir y todo debe estar consumado en un tiempo corto. En cuanto esté listo, presentaré la renuncia.

Alfageme asiente.

—¿Ellos le exigen la renuncia?

—Ellos preferirán que me quede, pero no puedo comprometer más al cuerpo de policía. Si voy a colaborar con ellos, en la medida que sea, no puedo hacerlo como policía.

—Me parece razonable. — Se queda pensando unos segundos. — Respecto al otro asunto, no podré aprobar un incremento de más de tres personas en la Unidad. Lo del ascenso de Medina, convénzale de que se presente. Si no comete muchas faltas de ortografía, obtendrá la plaza.

Dulce agradece la disposición del comisario.

—¿Podrá permanecer en su puesto hasta que yo me vaya?

—Sin problemas. En el peor de los casos, nos iremos casi al mismo tiempo.

—Gracias por todo, comisario.

—A usted, Dark Blue.

—Era obvio que conocía el secreto, pero no podía admitirlo delante de usted.